

EL XXI CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA

El XIX Congreso del Partido Comunista soviético—último que se celebró en vida de Stalin—se mantuvo en la plena «ortodoxia», entendiéndose por tal la doctrina a la que se habían ajustado hasta entonces todas las voces oficiales y oficiosas de la Unión Soviética para expresar criterios políticos. El viraje de 180 grados en esta corriente ideológica fué representado por el XX Congreso cuando el mito de Stalin cayó pulverizado por el estilo directo de la oratoria de Jruchiof, que fustigó el llamado «culto a la personalidad». Pero he aquí que el XXI Congreso, aunque proclamándose fiel consecuente del anterior, erige, de forma subrepticia, el mito nuevo: el mito de Jruchiof. Y decimos que lo hace de forma subrepticia porque mientras Stalin admitía, como un valor convenido, la glorificación de su persona, Jruchiof declara en todo instante que lo único que puede ser glorificado en la Rusia soviética es el Partido Comunista. Aunque luego al manifestarse como ejecutor máximo y supremo de las decisiones del Partido venga a constituirse el propio Jruchiof en objeto de un culto que sólo la sutileza de los exégetas comunistas puede diferenciar de la veneración de la personalidad que se vivía en la época staliniana.

El XXI Congreso se celebró en Moscú entre el 27 de enero y el 5 de febrero últimos. Asistieron cotidianamente unas dos mil personas entre delegados de las distintas regiones soviéticas y representantes de los partidos comunistas de los países extranjeros. El foco de las discusiones del Congreso fué el previamente divulgado documento que contiene el informe de Jruchiof bajo el siguiente título: «Sobre el control de las cifras del desarrollo de la economía popular de la U. R. S. S. para el período de 1959-1965». Un extenso discurso de Jruchiof que ocupa la casi totalidad de las páginas de los diarios moscovitas *Pravda* e *Isvéstiya* reiteró y explicó ante el Congreso el conocido informe, articulándolo de esta forma:

- I. Gran victoria del pueblo soviético.
- II. Grandes tareas del plan septenal para el desarrollo de la economía popular en las U. R. S. S.
- III. Etapa decisiva en la competición entre el socialismo y el capitalismo y relaciones internacionales contemporáneas.
- IV. Nueva etapa en la construcción del comunismo y algunas cuestiones de la teoría marxista-leninista.
- V. El Partido Comunista es el conductor y organizador de la fuerza del pueblo soviético en la lucha por la victoria del comunismo.

RESUMEN DEL INFORME DE JRUCHIOF

A) *El desafío económico-soviético.*

Partiendo de la comparación actual entre el nivel de vida de los Estados Unidos y la U. R. S. S., que traducida en producción por habitante es actualmente de dos a uno a favor de los Estados Unidos, Jruchiof promete que al cabo de los siete años del plan esa diferencia se habrá anulado. Las razones de ello son que en 1965 la industria soviética habrá aumentado en un 80 por 100 sobre la actual; aumentarán sustancialmente los productos de consumo (a propósito de esto Jruchiof lanzó una de sus humoradas: Tendremos menos cosas ácidas y amargas y más golosinas); antes de quince años la U. R. S. S. alcanzará a los Estados Unidos en producción global y en producción por habitante y en esa época—1970 aproximadamente—tendrá el más elevado nivel de vida del mundo y los salarios mínimos serán casi el doble de los de 1960. Todos los medios de acción ideológica serán empleados con la finalidad de aumentar el rendimiento de la producción.

B) *Problemas internacionales.*

La U. R. S. S. propugna una vez más la conferencia en la cumbre; la prohibición de las armas nucleares y de las experiencias del mismo tipo, así como la destrucción de los «stocks de armas atómicas y ter-

monucleares existentes»; invita a los Estados Unidos a una pacífica competencia económica con ella y al cese de la política de agresión respecto de la China Roja; propugna igualmente un tratado de paz con Alemania y condena la política de Adenauer, «que en una mano tiene la cruz y en la otra la bomba atómica».

C) *Poder militar de la U. R. S. S.*

Aunque la potencia militar de la U. R. S. S. no debe despertar temor en nadie, conviene poner de manifiesto que la U. R. S. S. fabrica proyectiles balísticos intercontinentales «que pueden alcanzar cualquier parte del globo y que no fallarán el blanco».

D) *Relaciones dentro del campo socialista.*

Se subraya que no hay divergencias con la China roja y se hace una llamada a la unidad del mundo comunista, al que se invita a luchar contra revisionistas, reformistas y burgueses; se condena explícitamente a los socialistas de derechas como Guy Mollet y Spaak y se da como definitivamente resuelto el problema del grupo antipartido dentro de la Unión Soviética.

Recogiendo los escepticismos y comentarios de la prensa occidental al dar cuenta a sus lectores de la tesis de Jruchiof, la revista *Tiempos Nuevos* filial de *Trud* (El Trabajo), publica un artículo de Vladislav Istomin con el título: «El problema fundamental del septenio», del que es interesante recoger lo que dice después de evocar las ironías que provocó fuera de Rusia el anuncio del primer plan quinquenal soviético:

«Recordemos—escribe Istomin—que este plan (el primer plan quinquenal) se proponía como tarea producir en el último año del quinquenio diez millones de toneladas de acero y extraer setenta y cinco millones de toneladas de hulla.

Ahora bien: el próximo septenio soviético se propone producir en 1965 de 65 a 75 millones de toneladas de acero, 600 millones de toneladas de hulla y más de 230 millones de toneladas de petróleo. Hoy estas cifras inspiran a nuestros adversarios una completamente distinta gama de sen-

timientos: inquietud, forzado escepticismo, odio, todo lo que se quiera, menos ironía. Los tiempos han cambiado y las canciones también...

La competición de los dos sistemas ha entrado en una fase decisiva, ya que en 1960 debe estar *prácticamente realizada la tarea económica principal de la U. R. S. S.*: atrapar y sobrepasar a los países capitalistas más evolucionados en el índice de producción por habitante.

El problema fundamental del septenio, se dice en el informe..., *es el del desarrollo acelerado de la economía nacional en el camino del comunismo; el problema de ganar el máximo de tiempo en la emulación económica pacífica entre el socialismo y el capitalismo.»*

LAS SESIONES DEL CONGRESO

Los distintos representantes de las diversas regiones soviéticas y organismos del Partido y del Estado se han producido a través de una prolija oratoria en una línea de aprobación de las tesis de Jruchiof. En general, los discursos tienen siempre la misma estructura: un balance alentador de lo conseguido hasta la fecha por el fecundo método de las competiciones socialistas; un ejemplo significativo; unas censuras más o menos largas a los enemigos internos y externos del régimen soviético y una emocionada expresión de confianza en el mando del Partido Comunista que llevarán a la U. R. S. S. a la consecución de la victoria.

Intercaladas entre las de los representantes soviéticos pudieron oírse los informes de los delegados de los países comunistas del bloque rojo y de los partidos comunistas de otros países del bloque occidental, así como las lecturas de los mensajes enviados por los ausentes. Todas las intervenciones fueron escuchadas con atención y unánimemente aplaudidas. Dentro del patrón general de estas intervenciones, en todas las cuales parece palpitar la pleitesía del partido vasallo al partido señor, fueron especialmente interesantes las del ex revisionista Gomulka, que se manifestó una vez más condenando el revisionismo, y las de Togliatti y Duclos, que «dieron el parte» de la situación política de su país respectivo.

Fueron también de un cierto significado la intervención de D. Ibarri, que resaltó la influencia sustancial del Partido Comunista español en todas las agresiones internas y externas sufridas por el régimen de España y la del secretario del Partido Comunista marroquí, Alí Yata, que

subrayó el predominante papel de los revolucionarios rojos del norte de Africa en las actividades contra el orden interno en los países recientemente emancipados y contra las potencias occidentales.

Entre las intervenciones de los delegados soviéticos fueron particularmente importantes la de Spiridonov, que amenazadoramente señaló una posible retroactividad en el castigo del grupo antipartido y de sus afines; el «mea culpa» de Pervujin, agregado a última hora al grupo antipartido, y la de Mujikdinov, que se refirió a las relaciones de la política soviética con los movimientos anticolonialistas, ampliando la idea ya expuesta por Jruchiof de que la independencia nacional no es un fin, sino sólo un medio de llegar a la revolución social y económica. Malinovski, por su parte, concretó las advertencias de Jruchiof perfilando aspectos de la estrategia soviética. He aquí dos notables párrafos de su discurso: «El capitalismo marcha hacia su ocaso. Los pueblos luchan por su liberación: el Africa negra se ha despertado; el pueblo árabe se alza con toda su grandeza. Pero los imperialistas quieren detener el progreso de la humanidad recurriendo a la fuerza y blanden la amenaza de su aviación y de su marina de guerra.

Pero existe un arma más temible todavía. Son los cohetes balísticos intercontinentales. Ningún medio de defensa antiaéreo puede detenerlos y ellos pueden llevar sus cargas termonucleares a cualquier punto del globo. He dicho bien «punto», pues estas armas son de una precisión extrema. Una de ellas ha partido ya hacia los cielos y se ha convertido en planeta artificial.» Dirigiéndose a los occidentales, añadió: «Vuestras armas son demasiado cortas.»

Párrafo especial merece el discurso de Chou En Lai, apareado con un mensaje de Mao que se leyó ante el Congreso. Chou En Lai lanza una retórica cortina de humo sobre el tema de las sospechadas disensiones chino-soviéticas. «La U. R. S. S. y China—dijo Chou En Lai—son países hermanos unidos por el marxismo-leninismo; tienen un único y mismo destino; idénticos intereses y la amistad que los une es inquebrantable.

Los imperialistas americanos y los revisionistas contemporáneos yugoslavos, tratan de turbar la unidad que liga a la U. R. S. S. con la China, pero todas sus tentativas son vanas. La U. R. S. S. y la China y las democracias populares están unidas y proseguirán firmemente su marcha por la vía majestuosa del comunismo».

DISCURSO FINAL DE JRUCHIOF Y CONCLUSIONES

En un discurso final, casi tan largo como el de la inauguración, Jruchiof hizo una recapitulación glosada de los trabajos del Congreso. Consecuente con esa recapitulación está la prefabricada resolución final. He aquí el enfoque de los principales problemas:

a) *Movimientos anticolonialistas.*—La U. R. S. S. promete continuar el apoyo a todas las corrientes de emancipación para luchar, codo a codo con los países liberados, «por la prohibición de las armas atómicas y de hidrógeno y contra la política colonizadora de los imperialistas.

b) *Relaciones internacionales.*—La U. R. S. S. preconiza la distensión internacional y manifiesta su deseo de acabar con la guerra fría. Cree en la especial utilidad de las visitas de los prohombres políticos a los países del bando rival. Jruchiof recuerda las conversaciones de Ginebra con el general Eisenhower, del que dice que tiene la impresión de que es un general que «no pertenece a esa especie de militares que para resolver los problemas pendientes cuentan únicamente con los cañones». La U. R. S. S. insiste en su plan de Berlín, ciudad libre, y está dispuesta «a elaborar con los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, un reglamento que garantice el desarrollo normal de las relaciones de Berlín oeste con todos los países y el libre acceso a esta ciudad». La U. R. S. S. acepta «la participación de la O. N. U. en el control del estatuto de la ciudad libre de Berlín». Esta solución—añade Jruchiof—, «contribuiría a resolver otras cuestiones pendientes y a asegurar la paz de Europa».

c) *Cuestiones militares.*—La U. R. S. S. advierte a los países occidentales del peligro de establecer bases americanas y hace notar a los Estados Unidos que no existe la invulnerabilidad de este país en caso de conflicto armado. «En realidad la U. R. S. S.—dice Jruchiof—dispone de los medios necesarios para castigar a los agresores en cualquier lugar del mundo. Cuando nosotros declaramos haber organizado la producción en serie de cohetes intercontinentales, no se trata de efectos oratorios. No lo decimos para amenazar a cualquiera, sino para traer la claridad que se impone en lo que concierne a la situación real». Respecto a las conversaciones de Ginebra, dice que no puede admitir un control que viole la soberanía de la U. R. S. S.

«Satisfacer las pretensiones formuladas por los Estados Unidos y Gran Bretaña en Génova, es aceptar la instalación sobre nuestro país—así dijo Jruchiof—de una verdadera red de espionaje de las potencias occidentales. Es evidente que no podemos admitirlo. Se dirá que se trata de una medida recíproca. Pero nosotros no tenemos ninguna necesidad de hacer espionaje en su territorio, lo mismo que no precisamos bases alrededor de los Estados Unidos».

SIGNO DEL CONGRESO

El documento final del XXI Congreso, es un programa de actividades y conviene estudiar las posibilidades existentes para que ese programa se lleve a efecto. Por de pronto el Congreso reafirma de modo absoluto la posición de Jruchiof y su revalorización del Partido frente a la burocracia que satura el aparato técnico del Estado. Ahora bien; ese aparato técnico potenció la economía soviética hasta el punto, que estamos palpando, de hacerle conseguir logros esplendoroso en el terreno de las realizaciones. Los dos últimos años de la vida política de Jruchiof han sido un continuo ataque contra ese aparato técnico desde que derrotó al grupo antipartido que era el preconizador del viejo régimen. La supresión de ministerios, la descentralización, la creación de los «sovnarjoses» o consejos económicos populares, son medidas adoptadas directamente contra la nueva clase—la aristocracia técnica—tendente como toda aristocracia a enraizarse en una tradición. La ley de reforma de las enseñanzas, que impone prácticamente a todos los ciudadanos soviéticos un largo periodo de trabajo manual, mina directamente los privilegios de ese consolidado estrato de la sociedad soviética. Hay, pues, ahora, una crisis social en Rusia; paradójicamente podemos decir que estamos ante la segunda revolución comunista, fracasada la primera al cuajar, al cabo de treinta años, en un orden social tal vez más jerarquizado que el que la primera revolución derribó en 1917.

No parece fácil que una nueva política como la que Jruchiof patrocina en estos momentos consiga, en el plano económico, éxitos como la precedente, en la cual los defectos inherentes a toda centralización habían sido ya resueltos por el ingenio ruso con la intervención de diversos tipos humanos como el «tolkach», algo así como el «meneur» francés, que describe Edward Crankshav, en la revista americana *The Atlantic*. Ese tipo de in-

dividuo es el encargado de activar o resolver de un modo personal, directo e inmediato los asuntos demorados por la ingente burocracia. El régimen económico descentralizado que surge de las tesis de Jruchiof, tendrá que valerse de ellos aún en mayor medida, ya que la U. R. S. S. se encuentra ahora dividida en una serie de regiones casi autárticas que por coincidir con las políticas supone un absurdo económico. Jruchiof, no obstante, asegura así el control del partido sobre la temida burocracia técnica; se comprende, a la luz de lo dicho, que se llame grupo antipartido al capitaneado por viejos comunistas que se apoyan predominantemente en el funcionarismo estatal apolítico.

En los días posteriores a la celebración del Congreso se produjo la explotación del contenido del mismo en los países del campo socialista, cuyos dirigentes, al regresar de Moscú, lanzaron sendos informes encomiásticos y estimulantes. La reacción occidental es de serena espera. Conviene no obstante que tras el estudio serio y científico del programa soviético y de su viabilidad, Occidente recoja sin alarmas el desafío, planteado como está en el plano de una emulación pacífica. Por de pronto es alentador el hecho de que la soñada meta de la política soviética, no ya para el año 1965, en que termina el septenio de Jruchiof, sino para 1970, sea la situación *actual* de los Estados Unidos de América; es decir de la mayor potencia del «abominado» mundo capitalista.

Y ya planteado el desafío en un clima de permanencia de la guerra fría, el Congreso soviético hace patente la existencia de fisuras explotables por una política occidental firme, coordinada y común. Son estas fisuras: la tricefalia del mundo soviético; la virulencia del revisionismo, patente en Yugoslavia y la Patente no sólo en los restantes satélites, sino en la misma U. R. S. S., y, sobre todo, la seria perturbación que experimenta la política exterior soviética en los países africanos y asiáticos. No siempre los países emancipados se muestran dóciles al juego político soviético. Una clarividente política occidental respecto de las grandes demografías, cuya decisiva gravitación en la historia es inminente, puede resolver el problema del mundo, tal vez con carácter definitivo.